

## El tratamiento del arquetipo en William Blake\*

*Northrop Frye*

El lector de Blake adquiere muy pronto familiaridad con las palabras «inocencia» y «experiencia». El mundo de la experiencia es el mundo en el que viven los adultos mientras están despiertos. Es un mundo muy grande, y buena parte del mismo parece estar muerto, pero aun así tiene su sentido. Cuando lo miramos fijamente, nos devuelve la mirada sin parpadear, y los cambios que en él ocurren son por lo general metódicos y predecibles. A esta cualidad tranquilizante del mundo le damos el nombre de ley. Sentada en mitad de este mundo regido por la ley se encuentra la sociedad de los adultos despiertos. Esta sociedad está compuesta por individuos que aparentemente han acordado imponerse a sí mismos ciertas restricciones. Decimos, de este modo, que la sociedad humana está controlada por la ley. La ley, pues, es la base tanto de la razón como de la sociedad: sin ley no hay alegría, y nuestros filósofos confiesan no saber cuál es más espléndida, si la ley de los cielos estrellados, que está fuera de nosotros, o la ley moral, que está dentro. Ciertamente hubo un tiempo en que fuimos niños y teníamos una visión diferente de la vida. En la niñez, la alegría parece estar basada no en la ley y la razón, sino en el amor, la protección y la paz. Pero ahora podemos ver que esta visión de la vida era una ilusión derivada de un exceso de seguridad económica. Como afirma Isaac Watts en una canción de inocencia que al parecer inspiró a Blake:

Duerme, mi niño; tu ropa y alimento,  
Tu casa y tu hogar son de tus amigos;  
Todo sin cuidado ni pago:  
Todas tus necesidades bien cubiertas.

Y después de todo, desde el punto de vista del adulto, el niño no es tan inocente como parece. De hecho, es un pequeño bulto de voluntad anár-

\* *English Institute Essays: 1950*, ed. Alan S. Downer, Columbia University Press, 1951, pp.1970-96. Reproducido en *Blake's Poetry and Designs*, eds. Mary Lynn Johnson y John E. Grant, Norton, New York, 1979, pp.510-523.

quica, cuyos deseos no tienen en cuenta ni el orden social ni el natural. A medida que crece y entra en el mundo de la ley, sus deseos ilegales ya no pueden ser tolerados, ni siquiera por él mismo, por lo que son empujados bajo tierra, al mundo del sueño, donde se juntan con nuevos deseos, principalmente sexuales en su origen. En el sueño, una voluntad ciega, irreflexiva e infantil sigue en activo, vengándose de la experiencia y reordenándola en forma de deseo. Es un gran consuelo saber que este mundo, en el que estamos obligados a pasar alrededor de un tercio de nuestra vida, es irreal, y que no puede desplazar jamás al mundo de la experiencia, en el que la razón predomina sobre la pasión, el orden sobre el caos, los valores clásicos sobre los románticos, lo sólido sobre lo gaseoso, y lo frío sobre lo caliente.

El mundo de la ley, que se extiende desde los cielos estrellados hasta la consciencia moral, es en la simbología de Blake el dominio de Urizen. Urizen se halla sentado en un volcán en el que el titán rebelde Orc, el espíritu de la pasión, yace atado, retorciéndose y forcejeando con el fin de alcanzar la libertad. Cada uno de estos espíritus es satánico o diabólico para el otro. Mientras soñamos, Urizen, el principio de la realidad, es el censor o, como lo llama Blake, el acusador, un hipócrita relamido y satisfecho, un viejo impotente, la caricatura que el niño que hay en nosotros hace del mundo adulto que lo frustra. Pero mientras estamos despiertos, Orc, el principio del placer sin ley, es un dragón maligno encadenado bajo el mundo consciente, y todos esperamos que permanezca en ese estado.

El mundo del sueño, no obstante, no está encadenado de forma segura: de vez en cuando rompe sus cadenas y se proyecta sobre la sociedad en forma de guerra. Parece extraño que una y otra vez nos entreguemos con gran alivio a unas vacaciones morales y agresivas en las que el robo y la muerte se convierten en virtudes y no en crímenes. Esto casi viene a sugerir que mantener nuestros deseos bajo control mientras otros hacen lo mismo crea una tensión ardua y tarde o temprano intolerable. Vista más de cerca, la diferencia entre guerra y ley empieza a desdibujarse. El contrato social, que en la distancia parece un esfuerzo de cooperación razonable, de cerca semeja una tregua armada fundada en la pasión, en la que el propósito real de la ley es defender por la fuerza lo que ha sido arrancado gracias a un acto de la voluntad. Es claro, pues, que no podemos solventar el conflicto entre Orc y Urizen alineándonos con uno en detrimento del otro, y menos aún pretendiendo que uno de ellos es una ilusión. Debemos explorar la existencia humana en busca de un tercer factor, uno que satisfaga los requerimientos tanto del sueño como de la realidad.

A este tercer factor, llamado Los por Blake, se le puede asignar provisionalmente el nombre de trabajo o actividad constructiva. Este trabajo opera en el mundo de la experiencia: tiene presente la ley y nuestras ideas cons-

cientes de la realidad. El trabajo utiliza la energía malgastada en la guerra y frustrada en los sueños, y la pone en libertad para que actúe en la experiencia. Y puesto que el trabajo cultiva la tierra y convierte la selva y las extensiones salvajes en jardines y granjas, y puesto que domestica a los animales y erige ciudades, empieza a ser obvio que el trabajo es el cumplimiento de un sueño y que este sueño descende de la visión perdida del niño, visión que postula un mundo cuyo hogar es el medio ambiente.

El trabajador, pues, no llama real al mundo de la experiencia, ya que lo percibe como un hábito adquirido de sus antepasados: es real en la medida en que es la causa material de su trabajo. Y el mundo de los sueños no es irreal, sino que se trata de la causa formal: dicta la forma humana deseable que asume el trabajo. El trabajo, por tanto, al dar cuerpo en la experiencia a los mundos del niño y del soñador, indica qué hay de genuinamente inocente en ellos. Cuando decimos que un niño se encuentra en el estado de inocencia, no queremos dar a entender que está limpio de pecado o es inofensivo, sino que es capaz de asumir una coherencia, una simplicidad y una benignidad en un mundo que los adultos han perdido y quisieran recuperar. Cuando soñamos, no importa lo que incorporemos al sueño, estamos rebelándonos contra la experiencia y creando otro mundo, por lo general uno que nos gusta más. Todo aquello que, propio de la niñez o el sueño, es redimido y encarnado por el trabajo, es inocente; todo lo que la experiencia suprime o distorsiona se vuelve egoísta y depravado. «Quien desea mas no actúa, engendra pestilencia».

El trabajo comienza por imponer una forma humana en la naturaleza, pues «donde no hay hombre la naturaleza es yerma.» En la sociedad, sin embargo, el trabajo colisiona con el ciclo de la ley y la guerra. Unos pocos se aprovechan de sus beneficios y se entregan al ocio: con el fin de mantenerlos, el esfuerzo del resto es malgastado, y el trabajo deriva en la perversión del trabajo mecánico y monótono. «Dios hizo al Hombre alegre y Rico, pero los Astutos hicieron Pobres a los inocentes». Ni el ocio ni la monotonía pueden ser trabajo: el trabajo verdadero es el acto creativo de un hombre libre, y allí donde hay trabajo se da un proceso de humanización tanto de la sociedad como de la naturaleza. El mismo trabajo que, proyectado en la naturaleza, forma la civilización, se convierte al proyectarse en la sociedad en profecía, en una visión de plena libertad e igualdad humana. Esta visión es una fuerza revolucionaria de la vida humana, que destruye todas las barreras sociales fundadas en el ocio y todas las barreras intelectuales fundadas en la ignorancia.

Hasta el momento hemos hablado sólo de lo que parece humana y naturalmente posible, de lo que puede ser conseguido por la naturaleza humana. Pero si confinamos la concepción del trabajo a lo que parece posible,